



El Rhin.

DIARIO DE LA GUERRA.

Madrid.—Sábado 17 de Setiembre de 1870.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administración: Preciados, 48.

En las principales librerías de Madrid y de provincias.

La correspondencia debe dirigirse al Administrador de El Rhin, Preciados 48.

Todos los suscritores tienen derecho a dirigir a la redacción preguntas relativas a la guerra, que se les contestarán en la sección destinada a este objeto.

REVISTA POLITICA DEL DIA.

Tendremos un sitio de París: hasta ahora habíamos podido abrigar una débil esperanza de lo contrario: de hoy en más este punto ha quedado fuera de duda.

La misión de M. Thiers parece que tiene por objeto el presentar a Prusia la siguiente disyuntiva: ó la paz con todo cuanto Prusia quiera menos una pulgada de territorio francés, ó un largo sitio y una tenaz defensa de París. Parece, pues, cosa cierta que aquello de *ni una piedra de nuestras fortalezas*, fueron palabras escritas por Jules Favre ad *terrorum*. Francia consiente hoy en la demolición de las fortalezas de Strasburgo y Metz, pero de ninguna manera en la cesión de la más mínima parte del territorio de Alsacia ó de Lorena.

¡Pobre Francia! ¿Y no vé que mientras más largo y terrible sea el sitio, mayores y más justas serán las exigencias de Prusia, y más grandes la debilidad y la postración de Francia? ¿No vé que vale más ceder la Alsacia para evitar a París un sitio, que cederla después del sitio y ruina de París? No es la Alsacia, se me dirá, no es la Lorena, no es París; lo que Francia pretende salvar es el honor. En buen hora, y con esta noble actitud de París simpatizamos completamente; pero no se olvide la capitulación de Sedan... no se olvide la rendición de Nancy, de Chalons, y últimamente de Mülhause. Todo el heroísmo que París pueda desplegar en su defensa, no bastará ciertamente a borrar la triste impresión que han dejado en los ánimos aquellos sucesos. ¡Pobre París! Su sacrificio es inútil.

Las proposiciones de M. Thiers, ya lo hemos dicho, son inadmisibles. Prusia tiene de su parte la razón: Prusia ha hecho sacrificios inmensos para sostener la justicia de su causa; Prusia desea y necesita una compensación territorial y la tendrá, aunque tuviere que sostener contra París un sitio de muchos meses.

En materias de paz y guerra, donde la fuerza, ó la destreza, ó el azar, son el todo, y como en el juego y donde la justicia es nada, el éxito, es decir, la victoria, es fuente de derechos, ¿puede darse, ni lo recuerda la historia, un éxito más completo que el de Prusia en la presente guerra?

Por otra parte, ¿pueden olvidar los alemanes cuáles fueron las intenciones de Francia al provocar la guerra, ni la dura ley, que en caso de una derrota de sus armas el vencedor le habría impuesto? Luego las exigencias de Prusia son una verdadera represalia en un todo conforme con el espíritu que domina en las cosas de la guerra.

Pero sobre todas estas consideraciones está la de que Prusia necesita garantías y seguridades positivas, no ya de que Francia renuncie de todo corazón a sus proyectos ambiciosos respecto al Rhin, sino de que Francia quede de hecho en un estado de no poder aspirar a la frontera del Rhin, cualesquiera que sean sus deseos y sus ambiciones.

La experiencia tantas veces repetida, la futilidad tantas veces demostrada, de las promesas y garantías simplemente morales, no solo dan al gobierno del rey Guillermo el derecho de exigir otro género de garantías más tangibles y positivas, sino que le imponen la obligación de hacerlo así, por lo que debe a la paz y a la seguridad futura del pueblo alemán.

Ocurren además en Francia en estos momentos circunstancias que son de naturaleza, a obligar a M. de Bismark, a insistir y aun a duplicar sus exigencias. El republica-nismo rojo, el socialismo, la anarquía, sacan la cabeza por todas partes. Las noticias de París son más que desconsoladoras, son aterradoras. En los departamentos se niega la obediencia al gobierno central y se rehúsan al general Trochu las fuerzas militares que este ha pedido para socorrer a la defensa de la patria, lo que nos parece una cosa muy parecida a una defección, a una traición. Todo cuanto hemos dicho en otras ocasiones sobre el rebajamiento y disolución del carácter del pueblo francés, parece pálido y descolorido al lado de las noticias que recibimos por cartas y periódicos... Ahora bien: ¿no tiene M. de Bismark el derecho de exigir de Francia algo más que intenciones y promesas que podrán firmar los ministros de hoy, é infringir los de mañana? ¿De qué acto de deslealtad no serán capaces los que hacen retroceder hasta Marsella las fuerzas militares que se creían en París indispensables a la salvación de la patria?

Acostumbrados estamos a ver en la historia de los tratados (pues cada uno de ellos ofrece un ejemplo de lo que vamos a decir), que las guerras más prolongadas y sangrientas terminan con una restitución del *statu quo ante bellum*, ó con una ventaja para el vencedor, muy desproporcionada a las pérdidas y sacrificios que ha sufrido. Con estos antecedentes no nos sorprenderá que Prusia llegue a ceder mucho del contenido de sus primeras proposiciones; pero de todas maneras, tenemos por indudable que lo menos con que Prusia puede contentarse es con una rectificación de fronteras que, dejando en su poder los pasos y desfiladeros de los Vosgos y los barrancos por donde circula el Nied, con las fortalezas que los defienden, hagan mucho más difícil de lo que es hoy, la invasión de un ejército francés en Alemania.

En resumen; la misión de M. Thiers nos parece enteramente inútil si sus instrucciones contienen una rotunda y terminante negativa a toda idea de cesión de territorio. O esas instrucciones se modifican, ó el sitio de París es inevitable. Para lo primero es demasiado tarde; el sitio de París puede considerarse como un hecho.

Pero una empresa militar de estas proporciones es un hecho tan nuevo, tan inaudito, tan diferente de todo cuanto hasta ahora estamos acostumbrados a ver en la historia, que en vano buscamos por todas partes quien se atreva a profesar, ya de palabra, ya por escrito, una opinión seria y definitiva en la materia.

Los prusianos no se hacen ilusiones; los preparativos y medios que acumulan son inmensos. Y no puede ser por menos, considerando que de ocho ó más plazas que han sitiado, las cuales, a excepción de Metz, se hallaban desprovistas de guarnición y de víveres—como que nadie había sospechado en Francia la posibilidad de una invasión alemana—ni una sola se ha rendido hasta la fecha.

¡Hoy se anuncia que el nuevo ejército alemán que ha penetrado en Francia por el departamento del alto Rhin (Alsacia), y que ha entrado en Colmar y Mülhause al parecer sin resistencia...! va destinado a operar sobre París. Acaso habrá emprendido este camino por haberse agotado los forrajes en los departamentos del Nordeste.

En otro lugar de este número verán nuestros lectores la opinión de *La Liberté* sobre la paz que conviene a Francia. Esta opinión la comparte en general toda la prensa francesa.

Anteriormente hemos dicho ya lo que quiere y lo que pide el periodismo alemán. Existe, pues, una dualidad de opiniones difícil de hermanar en las negociaciones que van a surgir.

Las pretensiones del gobierno francés son por demás sabidas para que nos detengamos en reseñarlas, que sucederá, pues, en caso de tratarse la paz.

Es por demás sencillo y lógico. Reunidas las Cámaras francesas, pedirán la paz honrosa, como dice Favre, paz que se parece tanto a una victoria, que Prusia no podría consentirla.

Bismark sería tan exigente y más enérgico. Pediría una cesión que vendría a ser la humillación y el aniquilamiento de Francia. Aquí entra el oficio de las potencias. Estas tendrán en cuenta la prepotencia del vencedor; pero en sus gestiones no entra el atemorizarse por este poder, sino el procurar que no se estralimite. Por lo que toca al vencido, las naciones que intervengan deben compadecerle y ayudarle, pero su cometido no es tal que puedan dejar lavado de toda mancha, lejos de todo peligro y salvado de toda desgracia al pueblo francés.

Procurarán, pues, que el primero ceda en algo de sus pretensiones y conozca su verdadera situación el segundo.

¿Lograrán su intento? Las negociaciones empezadas nos dice que ya lo han probado y que no ha surgido efecto nos lo dice la dilación ó la terminación, que esto no lo sabemos, de sus buenos deseos.

Continúa la guerra y mucho hay que temer de su fin probable.

OPINION DE ALEMANIA.

La *Gazette de Darmstadt* (oficial) responde a la circular del nuevo ministro de Negocios extranjeros en Francia:

«M. Favre pide a la Alemania que olvide las hostilidades del pueblo francés, las crueldades de las hordas salvajes de Argelia. Si así obrásemos, la sangre de nuestros más nobles hijos y de nuestros hermanos, habría corrido inútilmente... En verdad, no se había contado en este asunto con la benignidad alemana. Los jefes de los ejércitos alemanes no hacen purgar al pueblo francés las faltas

cometidas por su gobierno y su soberano; al contrario, se muestran generosos con los vencidos, y la Alemania da pruebas de una dignidad que iguala a sus victorias. Pero el precio del combate está fijado hace tiempo, y renunciar a él sería una humillación para la nación alemana....

Sobre la misma circular hace *El Journal de Saint-Petersbourg* las siguientes observaciones:

«El gobierno de la república francesa lleva demasiado lejos la virtud patriótica, cuando rehúsa sacrificar a una paz tan necesaria las plazas fuertes que no han podido evitar el sitio de París.

La Alemania ha oído, en efecto, protestar a M. Favre, contra la guerra que toda la nación francesa aclamaba con entusiasmo. Por consiguiente, no se comprende cómo hoy el derecho y la justicia estarán por Francia, cuando el mismo J. Favre, en el mes de Julio, aun sostenía lo contrario.

La opinión pública en Austria, no parece tomar tampoco más por lo serio, la obra de ensayo diplomático de M. Jules Favre.—Leemos en *La Presse de Vienne*.

Es una ilusión de niños que jugasen a la política, suponer que Alemania no ha combatido al pueblo francés, sino solamente a los napoleones. La Alemania hace esta guerra para asegurarse para siempre, contra la manía de inmiscusión de los franceses contra sus pretensiones a la supremacía, y sus pujos de conquista, que, desde hace siglos, no ha perjudicado poco a Alemania en su desarrollo interior y en su preponderancia en el exterior.

Por la manera bárbara con que los franceses hacen la guerra, por las desenfrenadas excitaciones de sus oradores parlamentarios y sus publicistas, por la expulsión y la ruina de los súbditos alemanes, medida contraria al derecho de gentes, y desconocida en la historia de los pueblos civilizados, por todos estos hechos los franceses han perdido ante el fallo de Alemania, el derecho de establecer una distinción entre la nación y el pseudo gobierno napoleónico.

La *Gazette de Bourse* (Berlín), después de insertar las anteriores líneas, añade:

«Suficiente es observar que el gobierno provisional, en París, no se ha dado descanso hasta acabar por un decreto draconiano la expulsión de los súbditos alemanes, empezada por los imperialistas; el ukase republicano advierte que «en el término de veinte y cuatro horas» aquellos de nuestros compatriotas que no hubieren salido del departamento del Sena y del Oise, serán entregados a los consejos de guerra. Así obran los héroes de la libertad, de la fraternidad internacional; así demuestran que Francia, por sí misma, no hace la guerra a la Alemania.»

LA PAZ SEGUN «LA LIBERTÉ».

Leemos en *La Liberté*, bajo el título de *Las condiciones de la paz*:

«Volvemos a insistir en lo que ayer digimos; la apertura de las negociaciones depende de la actitud de París; el resultado satisfactorio, de la resistencia que opon-gamos.

Fácilmente se comprende lo que nosotros llamamos resultados satisfactorios.

Francia entera ha admitido el programa de M. Julio Favre, porque está tan lejos de una fanfarronería fuera de lugar, como de una humildad culpable.

Si Guillermo entra en París, será por la brecha y pisando cadáveres franceses: abrirle las puertas sería deshonorar a Francia.

Continúa después el artículo enumerando las fuerzas respectivas de los dos ejércitos, y concluye diciendo:

«Porque deseamos la paz, porque el gobierno de defensa nacional la desea, porque nadie que obre con la más refinada mala fe puede achacarle ideas de conquista, por todo esto precisamente tenemos el derecho de mostrarnos orgullosos y de no aceptar ni la ruina absoluta ni una humillación relativa»

OPINION DEL CONDE DE BISMARCK

SOBRE LOS FRANCESES.

En una correspondencia del *Journal des Debats*, leemos las siguientes líneas:

«Bismarck atribuye las derrotas del ejército francés a la impericia de los jefes, que solo puede compararse, dice, a la de los embajadores de la misma nación.

Benedetti, continúa, ha vivido mucho tiempo en Alemania y no se ha tomado el trabajo de aprender nuestra lengua nacional. Yo, por el contrario cuando fui a Francia y a Rusia tomé profesores rusos y franceses para darme cuenta por mí propio de lo que veía.

.....Los generales franceses no están al corriente de los progresos militares. El soldado se ha batido muy bien, especialmente en Gravelotte..... En Sedan una carga de dos regimientos de cazadores fué admirable. Cien hombres atravesaron el ejército prusiano.

El ejército francés siempre se ha dejado sorprender y no ha tenido nunca disciplina.

En Sarbruck los soldados, desarmados y sin jefes, entraban en la ciudad y se dejaban hacer prisioneros. En Beaumont fueron sorprendidos y, lo que es peor, por la artillería, y sorprendidos fueron en Sedan.

Mac-Mahon fué herido en la pierna en el momento de montar a caballo y aquí concluyó todo mando; nadie pudo reemplazar al mariscal. En seguida se trató de capitular. El comandante de la ciudadela quiso oponerse y empezamos el bombardeo. Entonces el emperador habló de rendirse y me pidió una entrevista.

TELÉGRAMA DE LA BATALLA DE SEDAN.

DESPACHO TELEGRÁFICO OFICIAL.

REIMS 9 de Setiembre a la una y veinte minutos, después de medio día.—Además de los 25.000 prisioneros hechos en la batalla de Sedan, la capitulación del 2 de Setiembre ha constituido prisioneros de guerra 83.000 hombres, comprendidos en este número 4.000 oficiales.

Hemos encontrado 14.000 heridos, más de 400 piezas de batir, entre ellas 70 ametralladoras, 150 cañones de plaza, 10.000 caballos y una masa enorme de material de guerra. Todo ha caído en nuestro poder.

Añadiendo a las pérdidas de los franceses de la batalla de Beaumont, y aproximadamente, 3.000 soldados dispersos y refugiados en Bélgica, la fuerza total del ejército de Mac-Mahon se elevaba antes de esta batalla (30 Agosto) a unos 150.000 hombres.

El cuartel-maestre general DE PODBIELSKI.

ITALIA.

Los telégramas que llegan de la Península, nos hablan ya de la causa del Papa como de causa perdida.

Pio IX parece que quiere imitar a los senadores del tiempo de los galos. Sentado en su silla, espera al enemigo; sus tropas retroceden, los italianos avanzan, y las poblaciones se sublevarán, y los labios del Pontífice no se abren ni para dar paso a una excomunión.

Esta situación es extraña para los que en 1867 vieron a Pio IX bendecir a los zuavos, repartir santas medallas, y prometer el cielo a quien más matase en la tierra; pero entonces se apoyaba, no en el báculo, esto se queda para los Concilios, si no en el fusil Chasapot, que hizo maravillas en honra y gloria de la religión católica.

Noticias recibidas hoy en Madrid, dicen que un cuerpo de ejército italiano ha entrado en Civita-Vecchia, sin encontrar resistencia de ninguna clase.

Dice *La Independencia Italiana*:

«El Parlamento se convocará una última vez en Florencia. El ministerio pedirá a la Cámara plenos poderes en vista de la inmediata traslación de la capital a Roma.

Se tratará de comprar al Austria el palacio de Venecia, situado en el punto más céntrico de Roma, con el objeto de instalar en él el Senado y la Cámara de diputados.»

Por una orden reciente del ministro de la Guerra de Italia, se ponen todos los regimientos de infantería en pie de guerra; cada uno tendrá tres batallones en activo y otro de reserva en los depósitos.

Italia, como España y como Suiza va a quedar completamente incomunicada telegráficamente con París. Ayer solo tenían un hilo en comunicación con Marsella y París.

LA INTERVENCION.

Berlin ha pasado del entusiasmo guerrero al más humano entusiasmo de la paz, porque a más de las pérdidas inmensas que han costado a Alemania sus victorias, Berlin, pueblo civilizado por excelencia, comprende que la lucha va a convertirse en guerra de conquista. Por ningún prisma que se mire la cuestión puede convenir a Prusia que la raza latina la mire como a dominadora.

En nuestro siglo las guerras no son rectificaciones de fronteras, ni conculcación de tratados por el gusto de engrandecer las primeras y quitar los obstáculos que a la ambición oponen las segundas: hoy las fronteras cambian según deducciones de nacionalidades y se rompen alianzas y rasganse tratados cuando no se basan en la civilización y la libertad de los pueblos.

¿Qué idea inspiró el conflicto actual? Dejémoslos de razones diplomáticas y vamos al fondo de la cuestión.

Esta es sencillísima. Alsacia y Lorena, alemanas en sus costumbres, alemanas en su idioma y en su historia, pertenecían a Francia y la unidad alemana, principio innato en toda la raza germana, debía empezar por arrancar estas dos provincias.

La frontera del Rin daba las ventajas militares a los dominadores de Strasburgo y Metz; debía tratarse pues de amurallar la Alemania y protegerla contra el carácter aventurero de los franceses. Por otra parte, la cadena de los Vosgos era un magnífico baluarte natural para proteger el Rin alemán, y esta cadena en poder de Francia, no era más que un refugio poderoso para el ejército que intentase invadir la Germania.

Una guerra que quisiese recobrar las perdidas provincias, una guerra que arrojase de Alemania el extranjero, y una guerra en fin, que diese una defensa natural a las dos orillas, que se querían convertir en alemanas, debía ser nacional y lo fué.

Esto, en cuanto a razones patrióticas que en cuanto a motivos de engrandecimiento prusiano se trataba de extender las fronteras

prusianas y más que nada, de asegurar con dichas fronteras la preponderancia de Prusia en Europa.

Tales motivos y no otros se reconoció por causa del conflicto.

Ahora bien, ¿se ha logrado esto? Sin duda que es ya un hecho la posesión de Alsacia y Lorena, y la preponderancia alemana no puede ya ponerse en duda. Falta solo que un tratado confirme la primera, y añada fuerza moral a la segunda.

Este tratado es la paz, según pide Alemania. Nos abstenemos de juzgar tales pretensiones; ya que de Alsacia y Lorena se trata, decidámoslo Alsacia y Lorena.

¿De quién deben partir las proposiciones. de un vencedor omnipotente que quizá en los momentos en que se lean estas líneas esté sitiando la capital enemiga ó de un vencido heroico en su desdicha y ennoblecido por una revolución, capaz por sí sola de borrar la mancha de todas sus derrotas?

No: la paz del primero sería una amenaza y una orgullosa demanda la propuesta del segundo.

Solo queda, pues, la intervención extranjera. La voluntad de un pueblo ayudando a uno de sus hermanos es uno de los más dignos empleos del derecho moderno.

Pueblo que tal haga, pueblo que sea sensible al grito de la desgracia que en nombre de la humanidad se erija en protector del vencido, anuda de nuevo los lazos de la fraternidad humana y es el vencedor moral en la cuestión en que intervenga, pues sesobrepone en humanidad al vencedor y en prudencia al vencido.

Felizmente así lo han comprendido la mayor parte de las naciones europeas y sus gestiones nos prueban una vez más que el siglo XIX, a quien tanto se ha tildado de excéptico y positivista, es la edad del mundo en que más resplandece la fe de los buenos principios.

No podemos, no debemos convertir el martirio de ningún pueblo y por eso nuestro gobierno, interpretando fielmente la nación que representa ha demostrado su deseo por la paz y con toda nuestra alma deseamos que el resultado de sus gestiones venga a dar un nuevo timbre a nuestra revolución de Setiembre.

EL GOBIERNO PROVISIONAL.

ENRIQUE ROCHEFORT.

Enrique Rochefort nació en París el 30 de Enero de 1830. Hizo sus primeros estudios en Saint-Louis, en cuyo colegio se distinguió por su extremada afición a la poesía.

La primera composición que dió a luz fué un himno a la Virgen.

Más tarde estudió medicina y dió lecciones de latín.

En Enero de 1851 entró de temporero en las oficinas del ayuntamiento de París. Su afición a las letras fué creciendo de día en día; compuso un *Diccionario de la conversación*, escribió un sin fin de revistas teatrales y finalmente entró en la redacción de *Le Charivari*.

Su colaboración en este periódico, lejos de perjudicar su carrera de empleado, le valió por el contrario el nombramiento de subinspector de bellas artes de París.

En 1858 fundó, en colaboración con Jules Valles *Le Cronique parisienne*.

En 1861 presentó su dimisión para poderse dedicar exclusivamente a la literatura.

Colaboró en *L'Almanaque pour rire*, *L'Almanaque du Charivari*, *Nain jaune*, *Le Soleil*, *L'évenement* y finalmente entró en *Le Figaro*, con 30.000 francos de sueldo.

En este tiempo, Rochefort había conquistado ya una gran reputación de *vaudevillista*. Escribió con éxito *Un Monsieur bien mis*, *Je suis mon fils*, *Les Rouvriers d'une ingenué*, *Une martingale*, *Un premier avril*, *Les Bienfaits de Champavert*, *Un homme du sud*, *Nos petites faiblesses*, *Les secrets du grand Albert*, *Sortir seule*, *Les misteres de l'hôtel des ventes* y muchas otras producciones en colaboración con A. Choler, Albert, Wolf, P. Verron y otros.

La misión de Rochefort en *Le Figaro* fué cambiando paulatinamente. En *Le Figaro* empezó Rochefort su vida política. De cronista de una hoja no política, se convirtió en periodista de oposición; sin duda alguna el que más disgustó al imperio, a juzgar por las persecuciones y condenas de que fué víctima el periódico.

Separado de *Le Figaro* por las amenazas que hizo el gobierno a su propietario, resolvió publicar *Le Lanterne*.

El que escribe estas líneas presencié casualmente la aparición del primer número de *Le Lanterne*.

Fué un verdadero acontecimiento; a pesar de que la expedición se hizo simultáneamente en todas las librerías de París, fué tal la aglomeración de gente y tal el deseo de *devorar* el libro, que en los primeros momentos ninguno de los que habían entregado 10 sueldos (media franco) quiso aguardar los dos sueldos que sobraban.

El primer día se vendieron más de cien mil ejemplares, llegando a alcanzar en los números sucesivos una tirada de 150.000 ejemplares.

En la portada apareció la primera N. de *lanterne* unida por medio de una cuerda al farol ó linterna que había en el centro, y como la N. era exclusivamente conocida en Francia por inicial de Napoleón, a nadie se escapaba la intención de Rochefort: *Napoleon a la lanterne*.

M. Rochefort percibía tres sueldos por cada ejemplar, de modo que *La lanterne* llegó a producirle 30.000 rs. semanales.

Hasta el núm. 11 siguió publicándose sin interrupción *La lanterne*, pero desde este número fueron recogidos todos los ejemplares.

En 13 de Agosto fué condenado a 10.000 francos de multa y a la inhabilitación para los cargos públicos durante un año.

Trasladóse entonces a Bruselas y siguió desde allí su publicación, que fué traducida al inglés, español, alemán é italiano.

En Bélgica tuvo tres desafíos: el primero con M. Emerito Baroche, el segundo con un oficial español y el tercero, que fué el más ruidoso, con M. Paul de Cassagnac.

Anteriormente se había ya batido varias veces.

En las primeras elecciones de 1869 se presentó candidato por la séptima circunscripción de París, pero triunfó su contrincante M. Jules Favre por 12.028 contra 10.033.

En las segundas elecciones se presentó en la primera circunscripción de París y triunfó por 17.978 votos contra 13.445 que obtuvo M. Carnot.

Habiendo aceptado M. Rochefort el mandato imperativo de sus electores, fundó las célebres reuniones de *La Villette* para dar cuenta de sus actos como diputado. En la primera sesión se acordó la publicación de *La Marseillaise*.

Las polémicas que sostuvo el periódico motivaron las provocaciones de Pedro Bonaparte, y éstas el ruidosísimo asesinato de Victor Noir.

La violencia con que entonces M. Rochefort atacó al imperio, y la excitación que produjo *La Marseillaise* en las masas, fueron causa, no solo de la recogida del periódico, sino de que se presentase a la Cámara una demanda para procesar a M. Rochefort, que fué condenado a una multa de 3.000 francos y a seis meses de prisión.

A la caída del imperio fué puesto en libertad.

Llevado en triunfo por el pueblo desde la cárcel a las casas consistoriales, fué nombrado por aclamación miembro del gobierno provisional.

EL SITIO DE PARÍS.

Por los telégramas que recibimos de París, creemos que el sitio ha quedado declarado.

Es la segunda vez en lo que va de siglo, que el extranjero bloquea la capital de Francia y por segunda vez Europa contempla conmovida el espectáculo de un pueblo atacado hasta su último atrincheramiento por un enemigo poderoso.

Figaro fué
De cro-
convirti-
la alguna
á juzgar
de que fué

amenazas
rio, resol-

enció ca-
úmero de

o; á pesar
multánea-
is, fué tal

deseo de
s momen-
regado 10

lar los dos

e cien mil
n los nú-
000 ejem-

ra N. de
cuerda al
centro, y

nocida en
nadie se
t: Napo-

os por ca-
erne llegó

ndose sin
e este nú-
emplares.

á 10.000
cion para

o.
y siguió
traducida

no.
l primero
do con un

é el más
e.
ido varias

69 se pre-
cunscript-
intrincante

a 10.033.
esentó en
s y triun-

que obtu-

el man-
fundó las

para dar
do. En la

icacion de

periódico
dro Bona-

sinato de

M. Roche-

acion que
as, fueron

periódico,
umara una

efort, que
00 francos

sto en li-

o desde la

fué nom-

gobierno

Lejos estamos de participar de las opinio-
nes exajeradas de Victor Hugo. Para nos-
otros la ciudad santa, como llama a París el
poeta francés, no existe en ninguna capital
del mundo y aunque sea una hermosa figu-
ra retórica será siempre una perversa máxi-
ma política el destruir lo bueno y lo grande
del mundo en ciudad ninguna.

Pero, aunque no seamos partidarios de ta-
les ideas, creemos que la vida del movimien-
to europeo tiene por pulmones estos grandes
centros que se llaman capitales y una inter-
rupcion en el estado normal de estas pobla-
ciones se traduce por una falta de respira-
cion y una convulsion dolorosa en los inte-
reses del viejo mundo.

Ayer se sentía en Madrid, permitasenos la
frase, el sitio de París. La inmensa suma de
intereses que la capital de Francia represen-
ta, corre peligro y si hay algo más asusta-
dizo que el dinero, es sin duda ninguna
aquel que lo posee.

Y adviértase que si razones sobran para
alimentar temores, razones no faltarán muy
pronto para que los temores crezcan.

La guerra no ha concluido, nuevos com-
bates pueden dar lugar á nuevas desgracias;
una suspension general de pagos es inmi-
nente en Francia, y dado que la paz se haga
pronto prepáremos á ver quiebras y ban-
carrotas, que por de pronto se ocultan tras
las circunstancias.

Mas hay que temer aun del sitio de París.
Dicha ciudad no es solamente la residencia
del gobierno, sino que tambien es la arteria
principal de la industria francesa; industria
que se ha universalizado, digámoslo así,
por todas partes.

Supongamos, y es mucho suponer, que no
llega el caso de hacer fuego sobre la ciudad
ó que el combate no hace más que empezar,
y los prusianos se retiran, ¿qué sucede en-
tonces? Por de pronto, tenemos una salida
de valores, almacenajes y trasportes de mer-
cancias, y hasta algunas de esas malbarata-
das. Llega el enemigo, y los trabajos
cesan.

Esto supone una paralización, que siem-
pre da funestísimos resultados, una situa-
cion anormal que por las ventas precipita-
das es muy fácil que produzca muchas
ruinas.

Puede suceder, y esto es lo probable, que
el enemigo rompa el fuego, que la ciudad se
defienda, y sitiados y sitiadores coadyuven
á llevar el flamígero azote de la guerra,
donde respire una vida, y donde se levante
una choza.

No, nos detendremos á decir lo que en tal
caso sucedería.

Repetimos, pues, y repetiremos hasta el
fin de la guerra, que esta no tan solamente
pesa sobre dos naciones, sino que Europa
entera contempla con terror el espectáculo
del conflicto.

PRENSA FRANCESA.

Los alardes federalistas en Lyon y Marse-
lla continúan, segun las últimas noticias.

En Lyon sigue ondeando la bandera roja,
y el comité que allí manda parece que no
está de acuerdo con el gobierno de París.

En Marsella la independencia del comité
de defensa ha llegado al extremo, segun se
dice, de proclamar la separacion del Medio-
dia de Francia.

Las cartas de París que publica *La Inde-
pendencia belga* confirman las pocas esperan-
zas que habia de que una mediacion diplo-
mática diera resultado, si bien la presencia
del principe de Metternich en París, el viaje
de lord Lyons á Inglaterra y las constantes
reuniones celebradas por el cuerpo diplomá-
tico, demuestran que este no interrumpe
sus gestiones amistosas.

De París escriben á *La Independencia bel-
ga*, que en aquella capital se han temido es-

tos dias movimientos socialistas, y desgra-
ciadamente, dice *La Epoca*, no será la últi-
ma vez que de esto se hable mientras no
llegue á establecerse un gobierno fuerte.

Un periódico dice que la plaza de Stras-
burgo se preparaba á rendirse, y que el ge-
neral gobernador de la misma, Ulrich, ha-
bia muerto.

Ningun despacho telegráfico confirma es-
ta noticia.

Un periódico republicano de París, el
Temps, extraña que no se haya devuelto á
los pueblos la facultad de elegir sus alcal-
des, al paso que el gobierno republicano des-
cubre una actividad tan febril para proveer
con hechuras suyas todos los destinos des-
de los más altos hasta los más bajos, espec-
táculo que en ninguna revolucion se habia
dado.

Hoy se ha hablado de que el emperador
Napoleon se halla muy agravado en sus
dolencias. Ignoramos el fundamento que
tenga este rumor.

El *Temps* de París extraña que las gran-
des potencias de Europa no se den prisa á
seguir el ejemplo de España, de Italia, de
Suiza, de Bélgica, de los Estados-Unidos y
de Portugal, que han reconocido oficialmen-
te al gobierno francés; pero el *Temps* sabrá
á estas fechas, dice la *Epoca*, lo que ha sido
el reconocimiento de España, y si Bélgica y
Portugal lo hicieron por no quedar rezaga-
dos detrás del Sr. Olózaga, resultará que
solo la república é Italia, que tiene que agra-
decir un nuevo ensanche de territorio, son
las potencias que han entrado en ralaciones
con el nuevo gobierno.

En Asnieres han quedado solo 14 perso-
nas de las 6.000 que residen generalmente
en la poblacion.

Segun una correspondencia de Londres,
se prepara para el domingo, una gran ma-
nifestacion en favor de Francia.

Ha sido objeto de referidas ovaciones en
Marsella, el hijo del general Uhric, capitán
de zuavos, prisionero de guerra en Sedan.

Menotti Garibaldi, cuya llegada á Fran-
cia se habia anunciado, no ha salido de
Italia.

El almirante Fourichon que ha llegado á
París esta mañana, se ha hecho cargo acto
continuo de la cartera de Marina.

Los franco-tiradores de Marsella, han
salido para París.

Vá á establecerse otro globo aerostático
en Montmartre. Con él se completa el siste-
ma de observacion organizado en la plaza de
San Pedro, bajo la direccion de M. Nadár.
Todo el material de este globo, se entregó
ayer á M. Nadár, cuyos trabajos secundan
M. M. Dardois y Duruof; el personal lo for-
man 25 soldados y ocho marinos.

Un sinnúmero de curiosos visitan con-
stantemente las baterías que el comité de de-
fensa ha establecido en Montmartre. A la
vista de las numerosas piezas de artillería,
se aumenta el ánimo y crece el deseo de re-
sistir al enemigo.

Los franco-tiradores siguen causando
grandes pérdidas al enemigo en las fronte-

ALBUM DE LA GUERRA.

palabra y tambien estaban tranquilos. Pero los alemanes
velaban. De pronto, el doce cuerpo sajón que ocupaba las
alturas, deslizando por el bosque como de costumbre,
cayó sobre nuestras avanzadas con un fuego nutrido. De
Faily se ve sorprendido otra vez, y la jornada de Wis-
sembourg se hubiera repetido sin Mac-Mahon, que corrió
á los cañones é hizo frente á los tres cuerpos alemanes
que llegaron en auxilio de los sajones, agotándose su ini-
ciativa en un combate rudo que duró hasta la noche; en
cuanto á de Faily, pagó con su vida su ineptitud, repeti-
das veces demostrada.

La mañana siguiente, 31 de Agosto, Mac-Mahon que
se habia replegado sobre el Meuse, entre Mouzon y Carig-
nan, fué atacado al alborar. La lucha duró todo el día;
la carnicería fué horrorosa: el Meuse estaba rojo de san-
gre; sus aguas no corrían, detenidas en su corriente por
el número de muertos que ya no lograba arrastrar; los
cadáveres las atajaban.

Cuanto más estragos hacían nuestras ametralladoras,
nuestros cañones y nuestros chasquets en el enemigo, más
compactas aparecían sus imponentes masas; los cadáve-
res caían por filas bien repletas, y aquel ancho hueco ne-
gro se rellenaba con una rapidez automática y admirable.
Sin embargo, Mac-Mahon se mantuvo impasible hasta las

El cocle volvió á ponerse en marcha. Poco á poco fué
anoheciendo, y la niebla plomiza del crepusculo, cubrió
la fresca campiña.

Desde lo alto del carruaje, triste, envuelto en mi fraza-
da, miraba descender las sombras y procuraba oír algo.
Nada. El silencio, un silencio mortal.

La noche habia cerrado casi por completo cuando lle-
gamos á Paliseul; la poblacion extendia sus vagas siluetas
en la penumbra del anohecer. Solo se veían algunas lu-
ces en las ventanas, y un ruido y un hormigueo extraño
de infantería, varios grupos rodean á los soldados cuyos
uniformes apenas podíamos distinguir, una masa negra,
se agita y grita en la oscuridad.

Son franceses, nos dijeron; soldados franceses.
Yo, de un salto, me coloqué en medio de un grupo y
miré. Si, franceses de todos los regimientos, de todas
las armas, mezclados y confundidos; coraceros, artilleros,
zuavos, infantes, exploradores, turcos se habian refugia-
do en territorio belga; los paisanos hostilian pan, cer-
veza y tabaco.

—X bien: ¿y la batalla? Les pregunté: ¿cuál es el
resultado? —X bien: la batalla ha sido una indecisión en
la respuesta!

está indeciso, cuando no perdido; pero ¡bah! ¡quién cree
en rumores!—dijimos. —Aproximémonos al escenario de
la lucha y juzgaremos del valor del drama y de la talla
de los actores.

Atravesamos la selva de Soignes; á lo lejos distingui-
mos la altura sombría de Waterloo. —Waterloo que que-
riamos vengar!... —Por todas partes verdura, aire tibio y
perfumado y un cielo azul. —¿Es verdad que se están ba-
ñando á poca distancia de aquí? —Es verdad que se están ba-
ñando; pronto pudimos persuadirnos.

En Libia, recibimos la primera noticia baja y amenaza-
dora. Un oficial nos habló de una derrota parcial de los
franceses. —Oíase el cañoneo desde por la mañana; echán-
dose al suelo se oía bien. —El ejército belga estaba alerta
y aguardaba la frontera. —Un infante nos dijo:

—Yo y mi... En cuanto á los prusianos, lo haría con al-
gún, ¡nunca! —Por mi parte os aseguro que pueden fusilar-
los, lo digo bien alto; ¡nunca! —A pesar de mi capitán,
—A la orden del general Chapsal, á pesar del rey, ¡nunca! Amo á
los franceses; á propósito, ¿qué hora tienen, caballero, ¡mi
capitán se alista por fuerza á cinco francos!

—¿Y qué hora tienen, ¿quién sabe? —¡Ah! ¡quién pu-
diera saber, allí, en el momento en que el cañón se oye en el
cielo!

Además del ejército del rey, los alemanes formaron en
batalla los cuerpos sajones, los bávaros y los wurtember-
gueses; aquello era un hervidero de seres, un infierno de
fuego y nada más. A las cuatro de la madrugada fuimos
atacados por los enemigos, á medio día completamente
cercados por aquellas innumerables hordas. ¿Qué podía
hacer nuestro heroico ejército? —En tal instante, el prin-
cipe real llega á marchas forzadas desde Atteigny y toma
parte en la lucha. —Ametrallados por todas partes, sin ver
llegar ni á Bazaine, ni á Vinoy en su socorro, como se es-

